

soviético quien ha llamado a las puertas del Vaticano para realzar su imagen de estadista y la honorabilidad del régimen que representa.

Por su parte, aún siendo inflexible con la ideología marxista, Juan Pablo II no ha dejado de abrir un crédito de confianza a los cambios en la Europa del Este. Su rechazo del antagonismo de «bloques hegemónicos», su denuncia de la carrera de armamentos y su crítica tanto del materialismo ideológico del Este como del consumista en el Oeste, le ha puesto por encima de una postura de parte. Y si al principio el Kremlin lo consideró un «desestabilizador» por negarse a aceptar la división de Europa, ahora ve en él un factor de moderación para que el cambio no desemboque en inestabilidad.

Libertad religiosa

El Papa ha deseado éxito al «proceso de renovación» emprendido por Gorbachov. Pero, también ha dejado claro cuál es para él la piedra de toque del respeto de los derechos humanos: la libertad religiosa. De modo que también el viaje a la URSS queda a la espera de que se apruebe, y se aplique de hecho, la ley de libertad de conciencia.

En los últimos tiempos, el Kremlin ha permitido la reorganización de la jerarquía católica en Lituania, el nombramiento del primer obispo en Bielorrusia después de 63 años, y la reapertura al culto de algunas iglesias. Pero ahora se trata de pasar de las concesiones a las garantías jurídicas.

La cuestión más espinosa es el reconocimiento de los católicos ucranianos de rito bizantino, incorporados por la fuerza a la Iglesia ortodoxa en 1946. El Patriarcado de Moscú teme que el reconocimiento suponga una hemorragia en sus propias filas. Pues, según muchos observadores, corre el riesgo de perder un tercio o la mitad de su fieles y sus templos. Pero tanto el Papa

como Gorbachov —uno por motivos ecuménicos, otro por razones políticas— tienen interés en resolver la cuestión sin malquistarse con los ortodoxos. La nueva ley de libertad religiosa, en estudio en el Soviet Supremo, y el diálogo en curso entre católicos y ortodoxos, deberán crear las condiciones para solucionar el problema.

El establecimiento de relaciones oficiales entre la Santa Sede y la URSS —cuyo nivel está por definir— es otro fruto histórico de la entrevista. Esto confirma que Gorbachov ve en la Santa Sede un interlocutor valioso para el nuevo papel que la URSS quiere jugar en la escena internacional. Ciertamente, la «casa común europea» propuesta por el líder soviético y la idea de Europa de Juan Pablo II son diversas. Pero no necesariamente antagónicas. Gorbachov necesita hacer entrar a Rusia en Europa, para beneficiarse de los créditos y de la tecnología occidental. Juan Pablo II, en cambio, piensa en una reevangelización del Viejo Continente. Como primer Papa de origen eslavo, no deja de recordar que la Iglesia de Oriente y la de Occidente son «dos pulmones de un mismo cuerpo». El «pulmón oriental», curtido en la adversidad, podría insuflar nueva vida espiritual en Occidente. Y aunque la unidad con los ortodoxos sea un lento proceso lleno de escollos, una mayor independencia de la Iglesia ortodoxa respecto al Kremlin eliminaría al menos algunos.

La visita de Gorbachov a Juan Pablo II abre, pues, un futuro lleno de promesas y también de incógnitas. Quizá en medio de las convulsiones que agitan la herencia de Yalta, también pueden entrar en revisión las fronteras religiosas.

Ignacio Aréchaga es licenciado en Ciencias Económicas y en Periodismo. Corresponsal de la agencia Aceprensa en Roma.

Cuando en 1979 los socialistas pactaron con el Partido Comunista y con otros grupos de izquierda para hacerse con el control de muchos ayuntamientos, dieron el paso más importante y decisivo desde los tiempos de la II República para la conquista del poder político en España.

Los enclaves locales

Por Antonio Fontán Meana

Tras la restauración de la democracia y la legalización de los partidos en el bienio 1976-1977, los resultados electorales demostraron, por dos veces, que nuestro pueblo no tenía suficiente confianza en el Partido Socialista Obrero Español como para encargarle el Gobierno de la Nación. El panorama municipal, en 1979, tras las elecciones locales del 3 de abril, era similar. Pese al ahogo económico de los ayuntamientos en los últimos años del franquismo y primeros de la democracia, los electores se inclinaron mayoritariamente, aunque no con mayoría absoluta, por las candidaturas de centro o por independientes de derechas. En esa situación, y ante la perspectiva de permanecer fuera de todo centro de gestión administrativa, el PSOE dio un giro histórico en su actitud hacia el Partido Comunista: de la enemistad irreconciliable que les enfrentaba desde los tiempos de la Guerra Civil, pasaron a ser aliados y a formar gobiernos de coalición en algunas diputaciones y en muchísimos ayuntamientos. Y ésa fue una ayuda esencial para acceder en 1982 al Gobierno de España.

Peones del poder socialista

Los ayuntamientos socialistas y comunistas sirvieron para for-

mar en los años 1979 a 1982 un plantel de políticos gestores, que hicieron prácticas retribuidas a costa del bolsillo de los ciudadanos. Pero, sobre todo, dieron al Partido Socialista una imagen de gobierno: los vecinos comenzaron a identificar a socialistas con personas que gobernaban, aunque fuera un gobierno y gestión de escasa importancia y eficacia. Los ayuntamientos de izquierda fueron, además, instrumentos de propaganda para sus administradores, que utilizaron de forma partidista su pequeño poder. Con todo ello, y con algunas otras consecuencias que no es el momento de mencionar, el PSOE afrontó en 1982 las elecciones generales bastante bien pertrechado, como evidenciaron los resultados.

Hoy, tras haber gobernado España con mayoría absoluta durante siete años, y con la perspectiva de seguirla gobernando de forma similar durante algunos más, los socialistas no tienen necesidad de utilizar los ayuntamientos como escuelas de formación política, ni como medio de darse a conocer. Sin embargo, las administraciones locales siguen siendo pilares básicos para que ese partido se mantenga en el poder. Podría decirse, usando la terminología ajedrecística, que los ayuntamientos o los alcaldes son los peones en el tablero, y que la estrategia del PSOE descansa y se apoya en



Sevilla. fachada de la Casa Consistorial. Gustavo Dore, hacia 1855.

♦♦♦ una sólida estructura de peones.

Durante la época de los gobiernos de UCD, los ayuntamientos comenzaron una intensa reivindicación de mayores ingresos. La verdad es que la Ley de 1975 en sus aspectos fiscales no había dado suficientes recursos económicos a los ayuntamientos, por lo que éstos, cuya penuria era grande al final del franquismo, continuaron cortos de fondos, con incapacidad para mantener de forma digna los servicios esenciales. Hacia falta una reforma en profundidad de la legislación, y a ello se puso todo el mundo: los socialistas que gobernaban los ayuntamientos a pedir más dinero, fundamentalmente procedente de los Presupuestos del Estado, y menos controles en la gestión del gasto; la UCD, a permitir mayores ingresos por impuestos municipales. Lo cierto es que los ayuntamientos estuvieron más desahogados, y que los gestores tuvieron más medios para afrontar políticas locales por encima de la simple gestión de los servicios básicos.

Con esos medios y con la ca-

pacidad de endeudamiento que los nuevos recursos ordinarios permitían, los alcaldes y concejales socialistas comenzaron a poner en marcha una política a corto plazo de atención al elector. No se trataba de plantear grandes obras que solucionasen a largo o medio plazo los problemas de la localidad, sino de organizar actos políticos bajo el nombre de actividades culturales, subvencionar a sindicatos o programas de afinidad ideológica, introducir en la Administración Local a personas de confianza política, bien directamente, bien mediante subvenciones periódicas, financiando con las arcas municipales su actividad partidista, y a halagar y regalar al futuro votante. Fiestas con alcohol gratis, viajes subvencionados total o parcialmente con dinero público, han sido y son frecuentes en los ayuntamientos gobernados por los socialistas.

Desgaste político

El desgaste natural que una larga gestión política provoca,

se empieza a notar en los grandes ayuntamientos. Tras las elecciones de 1987, se puso de manifiesto que las mayorías de 1983 no se repetían en muchos municipios. Aunque inicialmente los socialistas mantuvieron la alcaldía, se vieron obligados a formar gobiernos municipales minoritarios, y la gobernación en esas circunstancias exige unas dosis de eficacia a la que ni estaban acostumbrados ni tienen capacidad de desarrollar los del PSOE que se encuentran en los cargos locales. Además, el control sobre el votante que se puede ejercer en una gran población es menos intenso que en los pequeños municipios. Por ello, pese a los esfuerzos de unos cientos de militantes que se juegan su futuro, en el año 1991 es previsible que se produzca un cambio sustancial en las alcaldías de las grandes ciudades españolas. Y ello, sin un gran trabajo de los grupos que hoy forman la oposición a los socialistas.

Sin embargo, la situación es distinta en los pequeños ayuntamientos. En ellos, el desgaste político se ve oscurecido por el

mayor control que los aparatos locales del PSOE ejercen sobre la población. Ya en tiempos de UCD, las normas que regulaban los subsidios agrarios ponían en manos de los alcaldes instrumentos para favorecer o desfavorecer arbitrariamente a unos u otros. Y los alcaldes que surgieron del pacto PSOE-PCE tuvieron la oportunidad y habilidad de hacer una política adecuada que en tres años y medio permitió que en las elecciones de 1982 los socialistas obtuviesen un respaldo abrumador en gran parte de España. Desde entonces, la conjunción del poder central y los poderes locales ha permitido aumentar la capacidad de influencia que los alcaldes socialistas tienen sobre el ciudadano de su localidad. Esos votos rurales son los que hoy apuntalan el Gobierno del PSOE. Al contrario de lo que venía ocurriendo de forma tradicional y no sólo en España, hoy los núcleos de población pequeños son más de izquierda que los grandes municipios.

Y en esos pueblos perdidos en la geografía hispana es donde reside hoy la fuerza socialista. Para que el PSOE llegue a perder unas elecciones, no bastará con desalojarle de los ayuntamientos de las capitales de provincia, cosa relativamente posible dada la actual tendencia electoral, sino que han de perder ese apoyo «fiel» en los núcleos rurales. Y si la oposición desea dejar de serlo, tendrá que dedicarse a ello en una tarea ardua, a la vista de las actuales circunstancias.

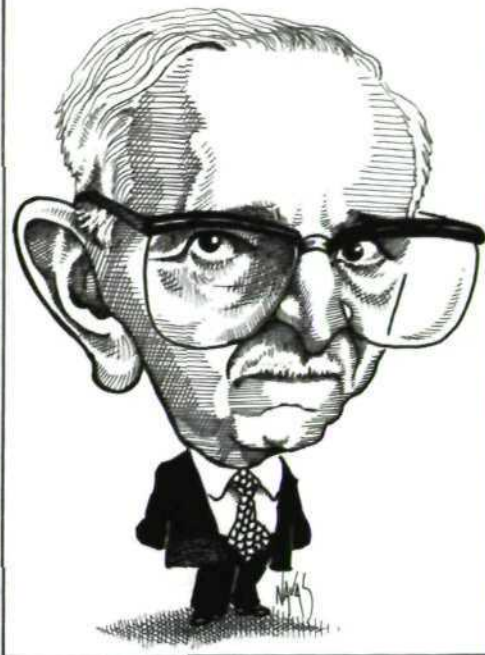
Antonio Fontán Meana es abogado. Concejal del Partido Popular en el Ayuntamiento de Sevilla durante el período 1979-83, lo es nuevamente desde 1987.

Cuando el año 1947 un grupo de economistas y científicos sociales se reunió en una estación turística de la montaña suiza para estudiar cómo se podrían volver a levantar los principios del liberalismo en una Europa devastada por la guerra e inclinada hacia el colectivismo, muy poca gente creyó que su empresa podría llegar a tener algún éxito. El organizador de aquel encuentro, que sería el origen de la Mont Pelerin Society, era un economista austriaco, transplantado a Inglaterra, donde se había opuesto a la estrella ascendente del keynesianismo. Su nombre era Friedrich A. Hayek.

Hoy, 40 años más tarde, sabemos que las ideas de aquellos visionarios —Mises, Knight, Röpke, Popper, Friedman, Robbins, Stigler y algunos otros— han obtenido triunfos importantes. El mundo académico, tras haber ignorado su obra durante décadas, les ha otorgado sus máximos reconocimientos. Y lo que es más importante, mientras el socialismo se derrumba en los países en los que había alcanzado el poder, los principios del liberalismo y la economía de mercado son aceptados hasta por aquéllos que habían hecho bandera de su negación. A sus 90 años, el profesor Hayek puede estar satisfecho de lo conseguido.

En un mundo caracterizado por la especialización creciente, es hoy Hayek uno de los pocos científicos sociales que representan la vieja tradición universalista europea. Nacido en la Viena imperial en 1899, estudió en su universidad derecho y ciencias políticas. De sus simpatías socialistas juveniles pasó pronto, por influencia de sus maestros —y sobre todo de L. von Mises— a defender la economía de mercado y los principios de la libertad, a los que ha dedicado todas sus energías durante más de 60 años.

Invitado en 1931 por Lionel Robbins, Hayek dictó en Londres un famoso ciclo de conferencias que le abrieron las puertas de la universidad inglesa. Ya catedrático en el país que era entonces el centro de la ciencia económica mundial, el profesor austriaco comenzó una larga polémica con John M. Keynes y sus discípulos. En ella se enfrentaron dos formas muy distintas de entender la teoría económica y se dilucidó la primacía de una de estas escuelas. Hayek ha contado muchas veces la siguiente anécdota. Parece que, al morir Keynes en 1946, el profesor vienés dijo a su mujer: «Ahora yo soy el economista más famoso del mundo». Pero se equivocó totalmente. La desaparición de su rival no sig-



Por Francisco Cabrillo

HAYEK O LA ECONOMIA DE MERCADO

nificó la de sus ideas. Su cedió todo lo contrario. La doctrina keynesiana fue santificada hasta convertirse en una ortodoxia dominante durante largo tiempo, lo que supuso, naturalmente, la marginación de quienes disientían de sus ideas. Al otorgarse a Hayek, en 1974, el premio Nobel —cuya concesión se intentó «suavizar» cara a la opinión pública, haciéndole compartirlo con un socialista convencido como Gunnar Myrdal— se cerraba un largo periodo de olvido oficial de su obra.

No ha sido, sin embargo, la economía su única preocupación intelectual. A partir de 1940, sus investigaciones se orientaron hacia el estudio de las instituciones sociales, el derecho y la organización política. *Camino de servidumbre*, un gran éxito editorial, fue la primera de una serie de obras dedicadas al análisis de los principios que deben inspirar el desarrollo de una sociedad libre. Su último libro, *La presunción fatal*, publicado el año pasado, culmina y resume el trabajo de casi medio siglo.

El subtítulo de esta obra, *Los errores del socialismo*, define muy bien lo que Hayek ha intentado explicar a lo largo de todo este tiempo: su idea de que el socialismo es un error intelectual. Este error consiste, en su opinión, en que los partidarios de un sistema socialista suponen que el Estado puede realizar con eficiencia muchas funciones para las que no está realmente capacitado, por ser imposible manejar, en forma centralizada, la complejísima información que la gestión de una economía moderna exigiría utilizar. Sólo el mercado —piensa el profesor austriaco— cumple adecuadamente la misión de coordinar a cuantos participan, como oferentes o demandantes, en la vida económica. El exceso de orgullo del racionalismo constructivista lleva a la sociedad a su perdición.

Ya muy anciano, retirado en su casa de Friburgo, Friedrich A. Hayek lanza así al mundo una llamada a la humildad, dirigida sobre todo a quienes, con mejor voluntad que comprensión de la realidad, siguen reclamando la intervención del Estado en la vida económica. Hace algún tiempo se acusaba, a menudo, a nuestro autor de pensar como un hombre del siglo XIX. Hoy, sin embargo, es Keynes quien nos parece una gran figura de un pasado ya desaparecido.

Francisco Cabrillo es catedrático de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense de Madrid.